

mediaciones, donde el cuerpo goce y la piel respire, no por procuración de la fantasía, sino por directa y evidente conexión de la fábrica corporal con la cosa, ése es más que cualquier otro consuelo la imagen misma del goce humano.

Es tan verdadera esta aspiración a derruir el reinado de la letra, que una cierta hermenéutica barroca, rizando el rizo, propondrá la adquisición de una técnica mental que nos procure el olvido de las letras aprendidas. Última figura del estudio y de la lectura: aprender un saber que nos lleve a olvidar lo que sabemos. *Ars oblivionis*, pues. Arte (útil) del olvido, por la que Umberto Eco se ha preguntado en nuestros días y de la que irónicamente ha dicho que se perfila como una ciencia para el futuro. Y ciertamente la vamos a necesitar.

Así que frente a esta figura de prestigio que es la memoria del letrado atestada de citas y razonamientos, llena de palabras ajenas, y de recuerdos de bellas páginas no vividas, se alza siempre la poderosa nostalgia a que nos convoca, precisamente a nosotros, los infaustos y fatuos, al biblioclasmo. Es decir, a la renuncia al libro, a la aversión hacia la letra impresa, cuyo volumen incontenente y proliferación monstruosa es la imagen misma del cáncer espiritual, de la metástasis de la vida interior que afecta al sujeto contemporáneo.

Renuncia del saber en el leer que, al menos en su versión profana afectó a ciertos Padres de la Iglesia. Decepción y peligro de los libros, entendidos como «obra de las tinieblas», que la acreditada leyenda cristiana transmite.

Premonición en ello de que el libro en modo alguno entrará en el paraíso y con él, su lector tampoco. Al menos ese sueño profético tuvo San Jerónimo, cuando se vio presente en las puertas del cielo y un ángel le preguntó qué era él, y una vez que respondió que «cristiano», el ángel flamígero le arrojaba del lado de los justos gritándole: «mentira, tú no eres un cristiano, tú eres un ciceroniano».

Por otro lado, en el lado de esta leyenda cristiana de la escritura, que pocas consecuencias en el plano simbólico se han extraído de esa única escena neotestamentaria en que Cristo es descrito escribiendo; pero en realidad, no escribe, sino juega sólo con un palo garabateando signos en la arena; trazos que, suprema lección, no llegan a nuestra mirada. Texto borrado, circuido al tiempo que es escrito, en premonición de lo que hoy llamamos la «página negra».

Y es que, como escribe San Juan, la letra mata; sólo el espíritu, pues, vive.

Hay una iconografía patética de todo esto, una puesta en representación del bibliolatra, incluso del actual, que habréis de reconocer conmigo, pues afecta al modo mismo en que a las gentes de la letra nos gusta hoy poner-

nos en representación (con poca conciencia de lo que esa escena compuesta en verdad da en significar).

Hablo de esas fotos de solapa o de reseña donde el intelectual ha sido sorprendido en su madriguera y posa de frente, la mirada alienada en una interioridad extraviada y remota, que atestigua que el sujeto es presa de una lectura interior de la que no es capaz de emerger hacia la realidad que le reclama, mientras a su espalda los rímeros de libros polvorientos se desploman siempre sobre mesas, sillas, en ocasiones camas; y es posible comprobar cómo hasta lavabos y bidés, pues la biblioteca coloniza con entusiasmo hoy el campo de la higiene íntima, y hay motivos muy serios para asegurar que es la lectura la causante directa del estreñimiento que según estadísticas nos aflige como clase, como grupo humano sediento siempre por asimilar, y olvidadizo en todo en cuanto supone la eliminación y el consentimiento hacia una propia pérdida.

Podría pensarse que esta iconografía es contemporánea, ha surgido al paso de nuestra historia moderna, de la sujeción al peso del discurso. En realidad, estaba fijada desde hace siglos: la caverna donde Fausto sueña con Margarita mientras las polillas roen los libros que han sido su alimento, no se ha modificado sustancialmente y la única novedad en ellas no será sino la computadora y el fax, pero ¿qué hacen estos medios sino extender más el campo de la letra, hacer más inmaterial, más mental, más *imaginaria* su existencia?

Sin embargo, la bóveda bajo la que Fausto se presenta como tristísimo lecto-escritor conserva todavía el prestigio sagrado que le concede la similar disposición que presentan los *studiolos* de los Padres de la Iglesia, empezando por el primero de ellos, San Jerónimo. Ése es todavía el espacio de la ciencia que ¡ay dolor y desesperación del estudioso! debe apartarse de la vida para conocer algo de la vida misma.

Para comprender hasta qué punto ese mismo estudio es sin embargo el lugar donde acontece la tragedia moderna, la falta y pérdida de sentido, hay que trasladarse a esas explícitas interpretaciones plásticas que de la biblioteca todavía sin tapiar por la intervención de la mujer del caballero manchego hizo Gustavo Doré. Allí la biblioteca, ya sin distinción entre la real y la imaginaria, circunscribe un territorio que habremos de reconocer como de la locura y de la pesadilla. Lugar o figura ésta donde acontece el «pasar de las noches de claro en claro y de los días de turbio en turbio».

Este «lugar de la escritura», este escenario del saber ha sido representado en el espacio plástico bajo unos tintes sombríos. En la segunda década del siglo XVII, coincidiendo con el momento más álgido en la expansión del comercio de libros en Europa, un tema domina la pintura: la naturaleza muerta, la *vanitas*, el *Still life* con libro. Numerosas cosas se dan a ver

en estos óleos alegóricos, cuyo enunciado más evidente es la existencia de una crítica metafísica de la erudición libresca. El libro como prueba de inmortalidad irrisoria, se deshace sobre la mesa en *pendant* estricto con la dureza calcárea de la calavera, la cual como es sabido —suprema irrisión— carece de ojos.

Es cuando el libro abarrota el mundo; en el momento mismo en que el sistema capitalista lo rebaja a la condición democrática de baratija fatua, cuando estas visiones biblioclastas son retomadas por la vieja casta intelectual que vive en medio de la inseguridad el proceso de transformación en la adquisición de las fuentes del saber y del entendimiento. Y hoy nos ponemos a la escucha de este mensaje que dicta la decepción del libro, el cansancio mortal, producido en hombres de la talla agonista de un Miguel de Mañara y que es el resultado final de la fruición que su consulta produce.

«Ya tenemos un enorme caos y una confusión de libros —escribe Burton, el teórico del humor melancólico—. Nos van a aplastar, nos duelen los ojos de leer y los dedos de pasar páginas.»

En consonancia con esta prédica apocalíptica —pero cumplida—, las *vanitas* barrocas, los cuadros de naturaleza muerta con libro, tipo *El sueño del caballero* de Pereda, nos ofrecen a la mirada el libro caduco y manoseado: emblema mismo de la repulsión, al tiempo que divisa de lo que alcanza a ser la expresión de lo efímero en lo humano: la pluma desbastada y maltrecha; el reloj bloqueando sus últimas horas, mientras un pabilo tembloroso parece haber sido tocado ya por el soplo del ángel de las Postrimerías, situado fuera de campo.

Pero si quisiéramos convocar por último, sintetizándola, la expresión misma de cuanto bajo la animadversión hacia el libro ha sido producido en nuestro mundo, tendríamos que dirigirnos hacia ese pintor admirable de todas las derrotas de la utopía. Arcimboldo, el maestro, en esa figura cumbre de la expresión barroca que es la anamorfosis, compone con libros —en conceptuosa paradoja— la máxima requisitoria contra el reino de los libros y de sus servidores.

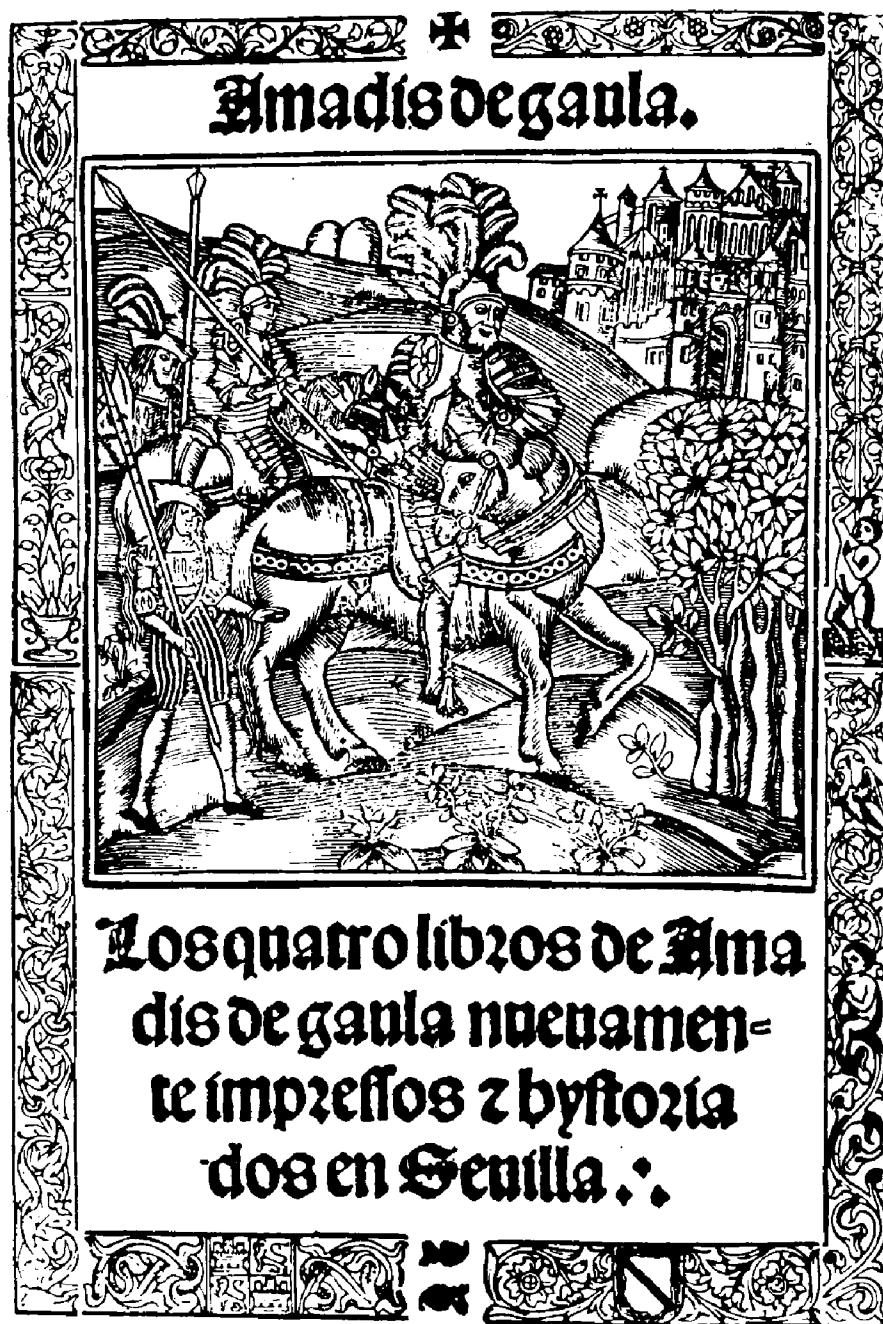
Llamaría pues su atención hacia evocar en su memoria visual (de modo que yo ya no propongo un argumento, sino sólo la consideración de una *figura*) una lúgubre representación: aquella que Arcimboldo hiciera de la figura del bibliotecario en el cuadro de hacia 1566, donde un rimero de libros siluetea la imagen de un hombre; hombre —ahora lo vemos— cuyas heladas narices son las hojas, cuyo irrisorio birrete académico es un libro abierto, en cuyo pecho sólo alienta la verdad congelada de una página tipografiada.

Patética imagen del intelectual, que en su desamparo ontológico tiene un último gesto de humanidad irónica: el de agarrar con sus dedos, com-

puestos por señaladores, una cortinilla que echarse sobre los desamparados lomos (naturalmente lomos de libro).

Y es que leer y escribir termina helando los huesos. Cervantes decía: «Las letras llevan a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana.»

Fernando R. de la Flor



Portada de *Amadís de Gaula* (Libros I-IV)
(Sevilla, Juan Cromberger, 1535)